

Señores:

Cuando la Cámara Chilena de la Construcción celebró, en abril de este año, su vigesimoséptimo Consejo Nacional en la ciudad de Valparaíso, deseó materializar con su presencia algunas ideas que consideraba fundamentales para ese momento, y constituían su respuesta al desafío que para Chile representó el movimiento sísmico del 28 de marzo. Quiso, en primer lugar, dar testimonio de su solidaridad para con la zona azotada por el sismo. Y al mismo tiempo quiso llevar su aplauso y su aliento a los miembros de esa Delegación, que hicieron frente con prontitud y esfuerzo a las necesidades de emergencia generadas por el terremoto.

Quiso también, desde la capital de la zona devastada, rendir un homenaje a los constructores de Chile en general, y a los Contratistas Corvi en particular, que habían pasado airosos el duro examen de la catástrofe, y que eran en ese entonces víctimas de los más injustos ataques.

¿Por qué nos reunimos hoy en esta hermosa y floreciente ciudad?
¿Hay alguna causa específica para ello, o sólo nos ha traído el azar, o un frío "orden de precedencia", de funcionamiento mecánico?

Ni lo uno ni lo otro. No es propio del espíritu de nuestra institución dejar en manos del azar los pasos que le corresponden, ni cuadra con su profunda vitalidad interna al ceñirse a fórmulas automáticas y, por ello, deshumanizadas.

Si estamos aquí es por una razón muy clara y positiva. Es más: puedo decirles que desde que inicié mi segundo período en la Presidencia de la Cámara, comencé a pensar en ciertas características de Concepción

que, para mí, la hacían ser la mejor y más deseable tribuna para éste que será el último Consejo Nacional al cual me corresponda asistir antes del término de mi mandato.

De nuevo podría preguntarse por qué. ¿Porque Concepción es una ciudad tan trayente, tan llena de vida y variedad? ¿Porque sus alrededores parecen haber reunido casi todas las bellezas de nuestra maravillosa tierra chilena? ¿O vinimos, más bien, en busca del grato encuentro con la gente de la región, tan acogedora y amable, tan rica en ideas y en cordialidad?

Cualquiera de estas causas, es cierto, habría bastado. Pero hay otra aún más honda, y de la cual quisiera extraer una de las tónicas para mis palabras de esta noche.

Me refiero a la extraordinaria pujanza, al espíritu combativo y creador de los habitantes de esta zona. La Cámara de la Construcción, que reúne en su seno a realizadores, a hombres de empresa —y no olvidemos que empresa deriva de emprender!—, siente una admiración profunda, un inmenso orgullo patriótico, al contemplar el gigantesco panorama de esfuerzo humano, de impulso realista, de dinamismo, que Concepción exhibe, sin vanidad ni ostentaciones, ante el resto del país.

En verdad, pujanza es la idea que mejor sintetiza, quizá, lo que esta provincia es hoy día, y lo que ha sido a lo largo de su historia.

Desde los primeros días de la Conquista, Concepción fue sinónimo de lucha incansable. La guerra de Arauco, que debía durar siglos, fue la criba que seleccionó a los habitantes de la zona desde sus comienzos.

No vinieron aquí quienes buscaban la ganancia fácil o la holgura. No vinieron los seres blandos, ni los aventureros vulgares y corrientes.

Vinieron los hombres de empresa de aquellos tiempos. Los que --en un simbolismo profundo-- formaban su equipaje con la espada de las batallas, la cruz de sus ideales y las herramientas de trabajo. Los primeros soldados fueron los primeros constructores. No les resultó fácil construir con el arma al brazo y el enemigo a la vuelta de una loma. No les fue fácil levantar una y otra vez sus modestas casas de barro y paja, que unas veces caían derribadas por la fuerza de la tierra y otras por el ataque de los aborígenes.

Pero ya en aquella época Concepción vivía bajo el signo de un tesón extraordinario, y siempre encontró fuerzas para renacer y para progresar. ¿Y cuál fue el préstamo de fomento, cuál fue el plan de desarrollo que inyectó a la zona esa impresionante resistencia a los embates de un doble y tenaz adversario? ¿Gracias a qué ley especial volvía a enguirse sobre sus propias cenizas la ciudad?

Todos sabemos que no había tal ley, en el sentido formal de la palabra. Pero en otro sentido sí la había, había una ley histórica ahincada en lo más hondo del ser de los primeros penquistas. Más: había una voluntad de hierro resuelta a no esperar leyes de favor, y a romper con viril energía las leyes de la inercia. Esos hombres estaban decididos a permanecer aquí y a prosperar. Y su decisión era la fuente inagotable de aquel permanente y cada vez más vigoroso resurgimiento.

El tiempo avanzó, las dos razas enemigas se hicieron una sola y aunaron su energía. Quedaban otros enemigos, otros obstáculos: la naturaleza que a veces se tornaba hostil; el alejamiento de los principales centros de producción y consumo; los sucesivos terremotos, que habrían de culminar en la horrible catástrofe de 1939; la crisis del carbón, comparable a la que en el Norte se produjo con el salitre. Para unos y para otros, la ejemplar respuesta de esta zona ha sido la misma: más trabajo, nuevas iniciativas, nuevas fuentes de desarrollo.

Concepción, sin embargo, es ejemplar en algo más.

¿Por qué al hablar de una provincia es posible hacerlo sin nombrar a ese fantasma que "pena" con tanta insistencia sobre muchos ámbitos de la vida provinciana? ¿Por qué, al enunciar los enemigos del progreso de Concepción, he querido omitir, deliberadamente, la amenaza del centralismo? Porque en su sentido más hondo el centralismo es una amenaza pequeña que suele provocar una reacción desproporcionadamente grande. Como todos los mitos, el del centralismo tiene una breve parte de verdad. Lo que paraliza, no obstante, lo que hace estériles tantos buenos propósitos en nuestro país, no es esa parte de verdad sino la que corresponde al mito.

Concepción lo ha demostrado.

Los penquistas de hoy, como los de toda la historia de la zona y como los provincianos de verdadero temple de quienes Chile se ufana, contestan al desafío histórico del centralismo de la misma manera en que afrontaron los demás desafíos: trabajando con el arma al brazo. Un arma que, ahora, es la voluntad de surgimiento, la inteligencia creadora, la iniciativa individual que no espera planes, porque conoce el mejor y al más probado: el del esfuerzo fecundo.

Ya lo he dicho: Concepción es un nuevo centro, una segunda capital del país. Y habrá que repetir, con patriótico orgullo, que esto lo debo al ánimo increíblemente emprendedor de sus hombres. Así como empresa deriva de emprender, Concepción tiene su raíz en Concebir, que es crear, generar, dar vida. Y Chile no tendría problema de centralismo si surgieran a lo largo de su territorio muchas ciudades y provincias como Concepción; muchas concepciones audaces y dinámicas.

Por eso, la Cámara Chilena de la Construcción, que admira la pujanza y el esfuerzo viril, siente por los habitantes de esta zona una afinidad espiritual muy honda. Creo que así se explica, en su contenido trascendente, la elección de la actual sede de nuestro Consejo Nacional.

He dado razones poderosas y amplias. Permítanme que agregue una que es muy personal: como Presidente de la Cámara, he encontrado en la Delegación Regional de Concepción, no sólo esta misma pujanza, sino también una colaboración extraordinaria para con la institución y conmigo mismo. Quiero personalizar mis agradecimientos por esta colaboración, tan sincera y entusiasta, en los nombres de los Presidentes que el Consejo ha tenido en mis dos períodos: Carlos Valck y Gustavo Vicuña, en quienes he hallado, invariablemente, el mejor, el más resuelto y positivo espíritu para enfrentar los problemas y, sobre todo, para proponer iniciativas con la mirada puesta en el futuro.

Los hombres de la Cámara en Concepción son magníficos exponentes del dinamismo que no se queda contemplando los obstáculos, sino que los vence a fuerza de empuje y capacidad creadora. Son dignos herederos de aquellos constructores que en el siglo XVI edificaron lo que, con más visión que modestia, llamarían "la ciudad de Concepción". Eran apenas

cuatro cosas que hoy tildaríamos de marginales, pero ellos estaban resueltos a que fuera ciudad. Y la historia les dió la razón, como siempre hace con los visionarios.

Esta es la tónica que deseo dar a mis palabras: Chile necesita como nunca hombres de empresa en el sentido más puro de la expresión. Hombres que emprendan, que no esperen, que marchen agresivamente hacia el porvenir.

No habría gustado terminar con estas reflexiones, con este ejemplo tan tonificante, tan lleno de estímulo para la imaginación y para la voluntad creadoras. Desgraciadamente, es inevitable que el Presidente de la Cámara de la Construcción tenga que referirse a varios otros aspectos --quizá no tan positivos-- que han saltado en los últimos meses al tapete de la actualidad, y a los que atribuyo la más grave trascendencia.

Uno de ellos es el Tarifado Nacional para los obreros de la Construcción. Ustedes saben de cuántas críticas hemos sido objeto a raíz de su aprobación legal. Ustedes saben con qué amargura se nos ha censurado este paso, achacándonos errores que no cometimos y que tampoco pudimos reparar, pese a nuestros reiterados esfuerzos.

La verdad es que tras estas críticas suele haber un conocimiento limitado de los hechos, una reflexión quizá más incompleta que ese conocimiento, y un prejuicio que parece haberse difundido mucho recientemente: el de "la poderosa Cámara Chilena de la Construcción".

Esta frase, acuñada tal vez por un periodista en busca de adjetivos, se ha ido difundiendo y se ha repetido por otras personas que ni siquiera se dan el trabajo de buscar sus propios adjetivos, tanto menos el

de investigar los hechos. Lo que ocurrió con el Tarifado Nacional podrá probar hasta dónde alcanza nuestro poder.

¿Qué pretendimos al propiciar, en sucesivos Consejos Nacionales y desde hace ya varios años, la adopción de un Salario vital? ¿Cuál era el objeto de este salario, al que todos los señores consejeros nacionales --en forma unánime-- dieron y luego reiteraron su más resuelto apoyo? La explicación es muy simple: se trataba de obtener justicia en los jornales de los obreros con quienes trabajamos en nuestra actividad. Se trataba de dar a esos obreros una remuneración que les permita laborar y vivir dignamente.

Porque la Cámara no es, como ha dicho recientemente uno de sus críticos, un consorcio dedicado a defender "a las grandes empresas y sus intereses". No, señores: no son privilegios ni prebendas los que buscamos al asociarnos. O tal vez sí haya un único privilegio al que de veras aspiramos: el de cumplir nuestra vocación de constructores, conjugándola estrechamente con el desarrollo de este país por el cual todos tanto luchamos.

Y así como deseamos que nuestro esfuerzo permita dar buenas habitaciones a los chilenos, queremos que ello se haga respetando las necesidades y las aspiraciones legítimas de los obreros que junto a nosotros ponen el hombro a tan fundamental tarea. Esto es --en el hecho real y consistente--, lo que la Cámara aporta al mejoramiento de los chilenos: mejores casas, mejores salarios y una renovada fuente de trabajo.

Es curioso, al respecto, observar cómo nuestros detractores no se ponen de acuerdo ni siquiera consigo mismos. En un tiempo interpretaron la permanente preocupación social de la Cámara como militancia en un determinado partido político. Ahora nos presentan con el rostro del

egoísmo empresarial, con el tinte de una mentalidad monetizada y estrecha, sin otra meta que la propia y desmedida ganancia.

¿En qué quedamos?

La verdad es muy clara: no era que estuviéramos al servicio de una bandera política, cosa que nunca hemos hecho ni jamás haremos, sino que siempre tuvimos, tenemos, y seguiremos teniendo una preocupación sincera y honda por los problemas sociales que afectan a nuestro país.

No puede interpretarse de otro modo el que la Cámara haya convertido en realidad diversas iniciativas en este orden, antes de que fueran leyes o siquiera proyectos de leyes. No puede interpretarse de otro modo el que haya establecido para sus obreros una Caja de Compensación que les otorga innumerables beneficios, más allá del pago estricto de lo que estipula la ley. No puede interpretarse de otro modo el funcionamiento de su Servicio Médico, que provee a sus afiliados de la más amplia y económica asistencia en este campo. No pueden interpretarse de otro modo su Mutual para accidentes del trabajo, su preocupación por mejorar y extender las medidas de seguridad en las faenas, el establecimiento de cursos de alfabetización y de especialización profesional, el fomento a las actividades de la Liga Deportiva.

Tal sería, en un panorama muy breve, sintetizando al máximo, la acción permanente y estable de la Cámara en el campo social.

No puedo omitir, sin embargo, dos aspectos concretos de cómo esa acción se ha materializado en estos días, y que considero especialmente ilustrativos. Decía, al comenzar, que nuestro anterior Consejo Nacional se realizó bajo el signo del terremoto del 28 de marzo, que afectó a una de las más productivas regiones del país. ¿Qué hizo la Cámara en esa oportunidad?

Citamos sólo de paso la asesoría técnica gratuita que se suministró a los damnificados, el despeje de caminos, la habilitación de puentes, la cooperación que en múltiples formas se prestó a las autoridades nacionales y locales, y que éstas han agradecido públicamente.

Quisiera detenerme, sí, en una fasceta de esa colaboración que estimo que prestigia enormemente a los miembros de nuestra Cámara y los coloca en su verdadera posición de hombres generosos, esforzados y patriotas. Me refiero a la Operación Techo, a la que acaba de ponerse término con un éxito alentador. ¿Cuál fue el aporte de la Cámara a esta obra gigantesca por los medios de que disponía el país? En primer lugar, la capacidad, el dinamismo y el genuino espíritu de empresa de dos de sus más preclaros asociados: los señores Hugo León y Raúl Varela, que realizaron su labor con un mínimo de personal —no más de cinco o seis personas— y con un máximo de eficiencia.

Pero hubo mucho más: anónimamente, sin ninguna publicidad, numerosas empresas afiliadas a nuestra institución contribuyeron a la construcción de viviendas prefabricadas para la zona del sismo, sin obtener ninguna remuneración ni ganancia por ello. Así, de las 18.000 casas que aproximadamente se construyeron para la Operación Techo, alrededor de 8.200 correspondieron a esta forma de aporte. A ellas habría que agregar cuatrocientas hechas por el sistema de autoconstrucción, a las que se proporcionó asistencia técnica y dirección, también sin costo alguno. Otras 4.500, por último, fueron hechas y vendidas, en plazos brevísimos, por empresas pertenecientes a la Cámara.

Estas cifras son de por sí elocuentes, pero pudieron alcanzar al doble, o más, si no se hubieran producido los problemas de abastecimiento y transporte de materiales inevitables en una emergencia de ese tipo. Hay, sin embargo, otra cifra que es importante agregar: medido

en moneda corriente, el aporte de la Cámara a la sola Operación Techo representó para el Estado y la Comunidad una economía de alrededor de F 420.000, suma que no incluye, por cierto, ni el trabajo empresarial, ni la compleja y onerosa adaptación de las faenas, ni la magnífica y abnegada cooperación de empleados y obreros, a los que me complazco en reiterar públicamente la gratitud de la Cámara.

Hay otro aspecto concreto, y reciente, de nuestra acción en el terreno social, y me satisface de manera muy particular referirme a él en estos momentos en que por curiosa coincidencia, el Presidente de la República acaba de pisar suelo chileno luego de su brillante gira por diversas naciones europeas. Es el aporte de nuestra institución al plan educacional del país. En efecto, el próximo miércoles 28 se hace entrega oficial, al señor Ministro de Educación, de una escuela que socios de la Cámara donaron a la población San Joaquín Poniente, en Santiago. Y dentro de muy poco se festejarán los tijerales de otra escuela levantada por iniciativa de la Cámara y financiada por su Caja de Compensación. Será la primera, pero no la última contribución que realicemos en esta forma, porque ya se encuentran listos los estudios de nuevos establecimientos similares.

Esa es, señores, la verdadera actitud, el verdadero rostro de la Cámara Chilena de la Construcción.

¿Y esto por qué? Porque entendemos la empresa como la definieron, hace poco, con igual brillo, el señor Ministro del Trabajo, don William Thayer y el Presidente de USEC, nuestro consejero nacional don Sergio Silva: como una asociación de hombres. - Hombres que aportan capital y hombres que aportan trabajo. Hombres —agregaría yo— que hacen entrega mutua de su esfuerzo y de su iniciativa dirigidos a una causa común, que los beneficia a ellos y a la colectividad.

Tal es el verdadero concepto de la empresa moderna, y el que la Cámara sustenta. No el de dos fuerzas negativas, que se entraban y se oponen una a la otra, sino el de dos fuerzas positivas, que libremente cooperan en una tarea mancomunada.

Por eso fue que propiciamos un salario vital para los obreros constructores, y volveríamos a propiciarlo, aun a riesgo de que sufriríamos de nuevo todas las incomprendiones y molestias de que hemos sido objeto. Ese salario, convertido en el actual Tarifado Nacional no deja de pesar en el presente sobre los hombres de quienes lo impulsamos. En efecto, debemos lamentar que el transformarse en ley los jornales que nosotros estudiamos, se haya negado a los constructores la posibilidad de considerar en sus contratos la incidencia que dicho aumento de remuneraciones tendría sobre los costos.

Esto, señores, representa enormes sacrificios para los empresarios de la construcción, en especial para los de provincias, que, por las condiciones locales, tenían niveles más bajos de salarios. En muchos casos ha sido preciso absorber reajustes que alcanzan al ciento veinte por ciento, o lo sobrepasan. ¿Podrá negarse que se trata de un aporte importante —tal vez inigualado en Chile— no sólo al mejoramiento de los obreros, sino a la campaña nacional contra la inflación? ¿Podrá seguirse diciendo que somos tan egoístas y tan poderosos? ¿Podrá seguirse preguntando, por algunos, con qué ha contribuido la actividad constructora a la lucha nacional contra el flagelo inflacionista?

Yo quisiera pedir ejemplos similares, a los que hacen demagogia y a los que declaran, con tanta ligereza como irresponsabilidad, que son los defensores del pueblo. No se quién de ellos defiende mejor al pueblo que nosotros, que nos esforzamos para darle viviendas dignas,

trabajo, salario justo, bienestar. No sé quién de ellos haya hecho sacrificios comparables a los nuestros. No sé, en verdad, qué han hecho, fuera de hablar y propiciar un caos que, precisamente, lo único que haría sería perjudicar irremediablemente al pueblo y acarrear tras de sí la cruel amenaza de la cesantía.

Eso es su privilegio y su poder: jugar con las palabras, destruir. El nuestro es levantar casas y levantar también a los hombres que las habitan y a los que las construyen.

No tenemos otro privilegio ni tenemos otro poder. Y de este privilegio y de este poder --que sí reconocemos-- nos sentimos íntimamente orgullosos. Aún más: es tan precario ese otro poder que nos atribuyen, que ni siquiera contamos con un mínimo de seguridad y estabilidad en las reglas del juego.

No las hemos tenido. Por el contrario, el último período ha estado lleno de rumores amenazantes. Se ha hablado de las franquicias tributarias, por ejemplo, como de un misterioso delito, o un favoritismo injustificado para quienes tienen a su cargo lo más noble de las misiones: Construir hogares para quienes laboran por el porvenir de Chile.

No señores. No es favoritismo lo que deseamos, sino estabilidad. Nosotros también debemos planificar. Debemos proyectar hacia el futuro nuestras acciones. Tenemos el deber de hacerlo con eficacia, y éste es un deber no sólo para con nosotros mismos, sino también para con la comunidad, para los que dependen de nosotros en sus fuentes de ingreso, para el país.

Nuestro deseo no es hacer política de antesala o de pasillo, porque nuestras herramientas no son, ni pueden ser, el papel sellado o la pequeña persuasión. Nuestras herramientas están hechas para construir algo más grande y más sólido, y muchísimo más permanente, que una solicitud o un memorándum.

He hablado de cosas grandes y de cosas pequeñas. Permítanme que recuerde una frase con que el escritor José María Pemán se refería a su patria. Decía Pemán que España era país de manos grandes, y que no estaba en su naturaleza el emplearlas para pequeños. Con todo el respeto debido a España y a Pemán, yo quisiera aplicar estas ideas a nuestra Cámara, que también tiene manos hechas para trabajar en lo que es grande, y ajenas —hasta diría incapaces— al enredo mezquino y secundario.

Repito: No nos hemos asociado para obtener prebendas, sino para promover el desarrollo de nuestra actividad en un plano nacional. Tampoco nos hemos asociado para quitar o poner funcionarios, porque eso escapa a nuestros objetivos y escapa también —gracias a Dios— a ese misterioso poder que se nos atribuye.

Otro cargo que se nos hace es el de la crisis de representatividad de la Cámara. Es un cargo que suele operar por la vía del rumor y —me duele decirlo— habla, en general, por boca de una o varias heridas. Se afirma que nuestra institución no representa a la actividad constructora, sino sólo a un grupo de ella. A un grupo privilegiado.

En este punto quiero ser claro y categórico. Si por representatividad se entiende una estrecha bandería de intereses, si se le da a la expresión el sentido de un gremialismo patronal barato y mezquino,

ciertamente no tenemos esa representatividad, ni la deseamos. No nos habríamos reunido ni trabajaríamos para eso. Es más: si ciertos egoísmos no se sienten interpretados por la Cámara, sólo debemos enorgullecernos de ello.

Nuestro sentido y nuestra razón de ser son mucho más amplio, más generosos, más altamente inspirados. Es efectivo que hay comunidad profesional en los miembros de la Cámara Chilena de la Construcción. Pero hay también, y por sobre eso, comunidad de ideales y principios. Creemos en la trascendencia nacional de la labor que estamos realizando. Creemos en Chile y en su porvenir. Creemos que construir no es un mero acto material, ni un negocio de tales o cuales individuos, sino una actividad que apunta rectamente hacia el progreso del país.

Por eso, desde esta tribuna que prestigia la noble y ejemplar historia de Concepción, yo deseo hacer un llamado a todas las esferas nacionales. Un llamado a construir, cada uno desde el puesto que la vida le ha asignado. Al gobernante a través de su acción ejecutiva, al parlamentario por la vía de una legislación racional y armónica, que de veras construya; al profesional, al empleado y al obrero para que generosamente hagan su aporte positivo a la grandeza de Chile. A todos, para que prescindan de la querrela pequetá, de la fácil demagogia, del divisionismo estéril.

Un país se construye con el esfuerzo de sus hombres. Pero, a diferencia de un camino o una casa, esta construcción jamás termina, porque jamás termina el llamado a la grandeza y a la prosperidad que todos, no lo dudo, deseamos para la patria.

Ahora bien: en la nuestra, como en todas las naciones que gozan de genuina libertad, se producen ciclos regulares en la actividad política.

Cada seis años, la ley nos convoca a renovar el gobierno que nos rige. Cada seis años, junto con el hermoso y estimulante espectáculo de la lucha cívica, se produce un período de suspense, un compás de espera tal vez inevitable.

Pero hay un largo lapso durante el cual, con mayor razón, es preciso trabajar intensamente. Y, perdónenme que insista, constructivamente. El candidato por quien unos votaron y otros no, pasa a ser el Presidente de todos. Y su acción desde el gobierno nos compromete también a todos. No puede, no debe, sernos ajeno ni indiferente. ¿Significa esto que hayamos de estar de acuerdo con cada uno de sus actos? Ciertamente no. Pero sí significa que debemos tratar de mejorar, no de entorpecer, esos actos. Y que debemos seguir actuando nosotros, en nuestro campo, con la intención más positiva.

Debemos hacerlo por Chile primero, y luego por nosotros mismos.

Dejando de lado la ideología de partido y la pugna concreta de intereses, la responsabilidad de cada ciudadano, es hoy, aportar su capacidad, su experiencia, su denodado esfuerzo, a la común tarea del progreso nacional. Tenemos en la primera magistratura de la nación a un hombre de excepcional calidad, como tantos otros que lo han precedido en el cargo. Podemos colaborar con él generosamente sin claudicar de nuestras propias ideas, sin servilismo. Y esta colaboración puede ir desde la palabra de estímulo hasta la crítica inflexible pero constructiva. Pero su mejor expresión será, sin duda, la del trabajo de cada cual en su esfera.

Esto significa que tanto los partidarios del actual gobierno como sus opositores deben evitar el dejarse seducir por actitudes demagógicas o personalistas, en aras del bien común.

Desgraciadamente, hay quienes hacen excepción a esta norma tan clara y racional de convivencia. La prensa nos trae de continuo informaciones sobre iniciativas a las que falta el respaldo de un estudio profundo, sobre pequeños entorpecimientos, sobre actitudes tercamente obstructivistas. Esa no es forma de ayudar al propio gobierno, ni de hacer oposición al adversario. Es un juego peligroso, que a la larga compromete el porvenir nacional.

Existe en el país la conciencia de una profunda fatiga tributaria. El señor Ministro de Hacienda lo ha corroborado en varias ocasiones. Pues bien: otro peligro no menos serio ni menos alarmante es el de que se produzca dentro de poco una nueva, gravísima fatiga. La fatiga empresarial, provocada por el desquiciamiento de las reglas del juego, la inestabilidad en los regímenes de inversión y de tributación, y tantas medidas o proyectos desorientadores. Esto equivaldría al desaliento de las iniciativas creadoras de progreso en sus fuentes mismas.

Esto puede ser un medio indirecto de que desaparezca la actividad privada, tan efectivo como los decretos arbitrarios o los ákases dictatoriales. Y su resultado sería también igual: la subsistencia sólo de la iniciativa estatal, el aniquilamiento de la libertad de empresa.

Y permítanme que vuelva sobre una idea que antes planteé: si empresa deriva de emprender, perder la libertad de empresa es perder, precisamente, la libertad de emprender cosas nuevas. La libertad de crear a través del trabajo. La libertad de aspirar a nuevos horizontes que no sean artificialmente impuestos por la autoridad, sino que nazcan de la inquietud positiva de los ciudadanos.

Nuestro actual Consejo Nacional es una demostración de esa inquietud positiva cuyo campo propicio es el de la libertad. Libremente nos reunimos constructores representativos de todo el país, para cambiar ideas y fijar líneas hacia adelante. Para abrir nuevos cauces a nuevas posibilidades creadoras de bienestar y de progreso.

Porque en verdad, si algún poder tenemos --y me complace especialmente decirlo en Concepción-- es éste. El de nuestra iniciativa, de nuestro deseo ferviente de hacer patria allí donde nos puso nuestra vocación: junto a la madera y al concreto armado, al ladrillo y al hierro, dejando sobre el suelo nacional la más enorgullecida de las huellas a que podríamos aspirar. La de una ruta sólida, la de un techo acogedor, la de un edificio hermoso, la de una fábrica que albergue los músculos dinámicos de nuestra industria.